

en esta ocasión, Jorge Semprún, cómplice de Muñoz Suay en el control de los intelectuales comunistas y compañeros de viaje). Los leves reparos se refieren a algún dato equivocado: llamar Luis al conocido profesor barcelonés Laureano Bonet o incluir a un Valle-Inclán fallecido hacía varios lustros entre los colaboradores de la revista *Índice*. A alguna insuficiencia: faltan referencias básicas y aportaciones recientes sobre el realismo social y el neorrealismo. A alguna desmesura: tiende a la digresión relativa a cuestiones menudas de historia de nuestro cine, de notable interés en sí mismas, pero muy tangenciales en la historia del biografiado; de haberlas controlado el libro habría tenido una medida menos fatigosa. Algún hecho queda en el aire: no es satisfactoria la explicación de cómo Muñoz Suay salió del campo de concentración franquista. Y, en fin, aunque Rimbaut no caiga en el riesgo de la hagiografía que siempre amenaza a los biógrafos, la simpatía por su personaje le lleva a darle crédito excesivo en algunas cosas y a negárselo a Juan Antonio Bardem. Cómplices desde las Conversaciones de Salamanca que buscaron la renovación crítica del cine español, cabecillas de la influencia comunista en el mundo intelectual y artístico, socios en Uninci y por momentos amigos, Bardem y Muñoz Suay acabaron cerca del odio, según se ve sin medias tintas en *Y todavía sigue* (2002), las memorias del director de Calle Mayor donde éste, siempre fiel al Partido, acusa al valenciano de traidor. Sin duda, Bardem fue sectario –y agresivo– en sus recuerdos, pero Rimbaut, bastante hostil al cineasta, tendría que rebatir los datos con datos y no motejarlos sin más de «ven-gativos» y «rencorosos».

Estas discrepancias y reservas sólo empalidecen un poco Ricardo Muñoz Suay. Una vida en sombras, libro importante por varias razones. No es la menor, según se deduce de lo dicho, la descripción informativa del buen número de episodios relevantes de nuestro pasado aludidos, en particular de las vicisitudes de la cinematografía nacional. También tiene interés intrínseco la reconstrucción esmerada de la biografía de un personaje que, moviéndose siempre entre bambalinas y ejerciendo de infatigable conspirador, tuvo peso en las directrices del arte y la cultura de postguerra y también del postfranquismo. Si antaño actuó de comisario político para imponer la estética del realismo

socialista (o del neorrealismo en versión española), anteayer manipuló la conmemoración del conocido Congreso de Intelectuales Antifascistas de 1937 dando un sesgo anticomunista, medio siglo después, al Congreso Internacional de Intelectuales y Artistas que él organizó y cuyo propio rótulo «descafeinado» revela el propósito de lavar su antigua imagen, según la oportuna advertencia de Rimbau.

Esta biografía brinda, además, una lectura representativa de la anormalidad de la historia española reciente, y en este sentido adquiere una dimensión muy amplia, un auténtico breviario de ciertos comportamientos motivados por la dictadura. Habiendo impuesto Muñoz Suay desde posiciones de fuerza un realismo nacional, más tarde entonó la palinodia y llegó a calificar el realismo social de «epidemia que nos intoxicó». Pero no fue un caso excepcional. Aquella misma idea propugnaba Juan Goytisolo y la convirtió en desiderata en un polémico artículo del medio siglo a favor de un «realismo nacional popular» pero abjuró después de esas creencias hasta sustituirlas por un formalismo extremo. Y José María Castellet, impulsor de ese realismo comprometido, el antisimbolista que expulsó a Juan Ramón Jiménez de su programática antología poética, se refirió después a la «pesadilla estética» realista. Y el furibundo Jorge Semprún que había denunciado a la Carmen Laforet de Nada por mantener una ideología de derrotismo nefasta enmascaraba con dosis ingentes de egolatría su pasado estalinista en una ficcionalizada autobiografía.

Estas conversiones paulinas reflejan los efectos de esa anormalidad cultural y política, aunque no solo se deban a ella. El retrato de Muñoz Suay muestra un hombre intolerante y sectario, vitriólico y demasiado pagado de sí mismo, y eso no depende de las circunstancias, pero estas sí pesaron en la síntesis que hace Rimbau: «Comunista acérrimo y anticomunista feroz, el martillo de herejes de uno y otro signo que sucesivamente fue Ricardo». De esta clase de personajes dependió en buena medida la cultura durante la dictadura al funcionar de comisarios políticos secundados por los intelectuales antifranquistas y no se explica cómo alguien con tan menguados méritos llegó a tener un control tan grande del cine español durante una década. La larga sombra

de estos malos hábitos se extendió además en la etapa democrática. Libros como esta biografía son necesarios para entender ese largo último periodo de nuestra historia porque más que una peripecia humana concreta contienen el retrato de un tiempo ©

